

SILVIA DI SEGNI

SEXUALIDADES

Tensiones entre la psiquiatría
y los colectivos militantes



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición, 2013

Di Segni, Silvia

Sexualidades : tensiones entre la psiquiatría y los colectivos militantes . - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura Económica, 2013.

360 p. ; 21x14 cm. - (Psicología, psiquiatría y psicoanálisis)

ISBN 978-950-557-975-4

1. Estudios de Género. 2. Salud Mental. I. Título

CDD 362.2

Armado de tapa: Juan Pablo Fernández

Foto de tapa: *Rainbow* (detalle), de Benson Kua (Toronto, 2010).

D.R. © 2013, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.

El Salvador 5665; C1414BQE Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Carretera Picacho Ajusco 227; 14738 México D.F.

ISBN: 978-950-557-975-4

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en español o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

ÍNDICE

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Presentación</i>	11
I. <i>La construcción de la sexología como patología</i>	15
Ellos, los victorianos	15
Un recuerdo para los doctores Marten y Tissot	18
Siglos XVII y XVIII, adolescencia y escuela	24
El humor vital	27
Cuentos de brujas	32
Armida, la maga guerrera	39
El camino de la perfección	41
La invención de Morel	47
El doctor Lombroso	52
El lecho de Procusto del placer	62
Sobre la fragilidad del varón y la sexualidad femenina	69
De las perversiones	76
El hijo de la pedagogía negra	92
La caída de un grande	100
Wilde y la sexología	108
De la masturbación al autoerotismo	115
Freud y la mujer agresiva	126
Entreguerras	141
Enseñar psiquiatría	149
II. <i>El sueño americano</i>	165
Las políticas sexuales de la Academia estadounidense	165
El movimiento gay y la American Psychological Association	176

Movimientos en la Academia	183
Saberes y subjetividades militantes	187
La American Psychological Association, Bieber y Socarides	191
Sexo en piedra	196
Sexo, drogas, rock n' roll y antipsiquiatría	200
Psiquiatría y revolución	206
El cambio que apenas fue cambio	213
Los militantes años setenta	220
De sexos y géneros.	233
Lesbianas y trans a escena	242
El gran hermano atóxico/apolítico	255
La educación sexual de las médicas y los médicos	266
Los duros años ochenta.	273
Hacia el fin del milenio	285
La Academia psiquiátrica del fin del milenio	296
Siglo XXI, cambalache.	300
Subjetividades trans	304
La cuestión (cultural) intersexual	321
La bisexualidad negada, lo <i>queer</i> temido, la diversidad no tolerada	327
Vagos límites de las sexualidades/géneros	334
<i>Bibliografía</i>	341
<i>Índice de nombres</i>	353

AGRADECIMIENTOS

UN LIBRO es una tarea grupal en la que participan personas que en forma directa o a través de sus libros se conjugan para generarlo junto a las autoras y los autores, que aportamos lo nuestro. Es casi imposible saber quiénes fueron y son todas y todos los participantes de nuestras asambleas mentales. Éste es un limitado intento de identificar a algunas y algunos. Quiero agradecer:

– y recordar al doctor Alfredo Kohn Loncarica y a Guillermo Obiols por su apoyo al acompañarme en el desarrollo de mi tesis de doctorado que, muy lamentablemente, no pudieron ver finalizada y que es una de las fuentes de este libro;

– a la doctora Ana María Fernández, porque su curso de posgrado “La dimensión sociohistórica de la subjetividad” (de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires) me permitió conocer sus aportes y los de otras y otros docentes de gran riqueza intelectual, al mismo tiempo que me habilitó para la lectura de bibliografía fundamental en la temática de género;

– al grupo “Tres timbres” en el cual, junto a los licenciados Ana Lucía Arévalo, Victoria Lamy, Mirna Marcoff, Julieta Obiols, Tânia Pinafi, Graciela Rautenberg, Roberto Sevilla, Cecilia Torres Garibaldi, así como algunos invitados e invitadas, pudimos construir un espacio privilegiado para el intercambio de información y el debate de ideas;

– a Lohana Berkins y Lucía García Itzigsohn; coordinadoras del seminario “Géneros: cuerpos y subjetividades” (de la Universidad de las Madres de Plaza de Mayo), que me dio acceso a diferentes aspectos de la problemática de género tratados por quienes investigan y/o militan en el tema, así como a un ámbito de rica discusión;

– a la doctora Martha I. Rosenberg, por su inteligente acompañamiento para ir abriendo caminos;

- a Martín Fuchs, por sus muy valiosos aportes para eliminar oscuridades y mejorar el estilo;
- a Alejandro Archain y Diego Mileo, por su confianza en el libro;
- a mi familia, amigas y amigos que sostuvieron mi trabajo durante un largo proceso.

PRESENTACIÓN

LA SEXOLOGÍA nació bajo el signo de la patología, no preocupada por cuidar y aumentar el goce, sino por marcar los límites entre la sexualidad considerada normal, por un lado, y los “excesos” y “desviaciones”, por otro. La normalidad no era, ni podía ser, otra que la heterosexualidad, dentro de la cual también debían limitarse sus prácticas. La normalidad sexual sería definida por defecto, aquella que no fuera patologizada, y naturalizaría la pareja varón activo/mujer pasiva. Todas las personas que tuvieran otra sexualidad o prefirieran otras prácticas, aunque aquellas no fueran abusivas, serían patologizadas y, eventualmente, criminalizadas.

Patologizar supone construir poder: las personas enfermas pueden ser privadas de su libertad por internaciones o controladas farmacológica o psicoterápicamente, a menudo sin su consentimiento. Al apuntar a la sexualidad, la psiquiatría desarrolló un espacio de empoderamiento contra el que todavía hay batallas por librar. En ese campo, el poder se construyó a lo largo de una historia de invención de monstruos, pestes, degeneración... El miedo siempre ha demostrado ser un excelente recurso para manipular a las personas y venderles algo con lo que, ilusoriamente, podrían enfrentarlo.

Durante siglos, y aún hoy, quienes se ocupan de dictaminar los trastornos sexuales desde la psiquiatría no se han alejado demasiado de los preceptos que proponían las religiones y que fueron utilizados tanto en la cacería de brujas/mujeres erotizadas durante el Renacimiento como en la de niños y adolescentes masturbadores desde el siglo XVIII. Cuando la diosa Razón sustituyó a Dios, el pensamiento laico dio un vuelco significativo y produjo conocimientos esenciales en infinidad de campos, pero en el de la sexualidad no mostró grandes avances: la norma debía continuar siendo la heterosexualidad al servicio de la procreación. El placer sería te-

mible y, por lo tanto, controlado. Las representaciones del varón y la mujer que formarían la única pareja “normal” debían destacarse sobre el fondo de desviados y monstruos, lo que les permitiría instituirse como únicas. Las mujeres no sólo deberían ser pasivas sino virtualmente asexuadas. Esta concepción llevaría a una buena cantidad de ellas a la epidemia de histeria femenina que se enfrenta a una psiquiatría empeñada en no modificar nada y a un psicoanálisis que, por lo menos en el discurso, preconiza algo tan novedoso como hereje: la sexualidad al servicio del placer y no de la procreación. Ese postulado notable, que aportaba aire fresco a un aspecto tan valioso de la vida, quedó limitado por fuertes contradicciones de la misma teoría que perpetuaron las “perversiones”, pues consideraba como tales toda sexualidad y/o práctica que no fuera heterosexual genital o que no estuviera “subordinada” a ella.

El totalitarismo que llevó a la segunda destrucción de Europa produjo, con millones de víctimas y una devastación impensable de bienes materiales y culturales, una crisis en la figura hegemónica del Varón Adulto Blanco Heterosexual Guerrero que había promovido y sostenido esos horrores. La fisura en la representación hegemónica de varón que había dominado Occidente permitió que grupos humanos que habían sido sometidos/discriminados por aquél pudieran ocupar algún espacio de poder y autoridad. Las mujeres feministas, los jóvenes *beat*, las etnias no “blancas”, los colectivos gay/lésbicos aparecen en escena luchando contra las políticas que les son impuestas en contra de sus derechos. Se trata de una lucha desarrollada a través de manifestaciones, manifiestos, batallas campales, sentadas pacíficas, teorías, reuniones y toda otra posibilidad de activar a favor de la igualdad de derechos y oportunidades.

Ya en la segunda mitad del siglo xx, varones y mujeres jóvenes aparecerán en el escenario social con toda su potencia y llevarán adelante la llamada “revolución sexual” que anteponía el goce a la obligación de procrear. La píldora anticonceptiva y los antibióticos que podían curar las enfermedades venéreas tradicionales abrieron un período, cortísimo, para gozar de la sexualidad sin mayores temores (aunque el consecuente aumento de las enfermedades vené-

reas demostrara que esa falta de precaución no era adecuada). Jóvenes y no tan jóvenes constituirían los colectivos militantes a favor de los derechos de la diversidad sexual que no harían más que crecer en número y saberes durante el siglo xx. A fines de ese siglo, entrarían en escena los estudios *queer* como un conjunto de saberes y experiencias que se opusieron –y también se entremezclaron cuando se les abrió algún espacio– al pensamiento académico, dejando en claro que algunos supuestos –que las psiquiatras y los psiquiatras eran todos heterosexuales, que todo el saber se producía en el circuito académico– no eran ciertos y empobrecían la producción de conocimientos.

Algunos enfrentamientos entre la Academia y los colectivos militantes por los derechos de gays y lesbianas fueron épicos, como aquellos que llevaron a que la American Psychiatric Association (APA) “eliminara”, con idas y vueltas, la homosexualidad de su manual, el famoso *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (*DSM*, por sus iniciales en inglés).

El texto que sigue está inevitablemente ligado no sólo a mi formación como psiquiatra sino también a mis críticas al *DSM*, sobre todo en lo que respecta a los llamados “trastornos sexuales”, objeciones que he ido desarrollando a lo largo de un camino no exento de contradicciones, las que me motivaron a indagar en los estudios de género y *queer*, y a seguir pensando. Está también fundado en la experiencia personal, del trabajo clínico y de la docencia. Me preocupa que buena parte del saber académico en esta especialidad se aleje cada vez más de la vida de las personas a quienes, supuestamente, intenta proteger. Me preocupa más que ese saber pase a futuras médicas y médicos en forma de prejuicios e influya sobre la sociedad a través del poder y la autoridad que tenemos como profesionales de la salud.

En relación con algunos aspectos formales, hubiera preferido el uso de la x para nombrar plurales que involucren tanto al binarismo mujer/varón como a toda otra posibilidad de sexo/género. Por razones editoriales, se ha preferido reemplazarla, cuando involucraba más de una posibilidad, por la forma femenina y la masculina. De

este modo, el uso del plural masculino queda, así, limitado a los varones exclusivamente. Por otra parte, también he utilizado las mayúsculas para enfatizar algunos conceptos que han ocupado un lugar hegemónico en la cultura occidental. Es el caso de “Varón”, para destacar el poder que centralizó durante milenios esta representación, algo de lo que no da acabada cuenta el universal “varón”, que sí lo he utilizado para los varones actuales que han perdido poder en relación con épocas pasadas. También he apelado a las mayúsculas cuando he querido remarcar el poder que concentró una representación, como en los casos de “Dios” o de “Diablo”, a diferencia de “dios” o “diablo”, que no son nombres sino sustantivos y abren la posibilidad de existencia de otros. Lo mismo ocurre con otras representaciones como “Heterosexual”, “Padre”, “Academia”, “Autoridad”, que tuvieron enorme influencia en la cultura occidental de origen europeo y que, en las últimas décadas, fueron relativizadas como resultado de las luchas de diversos colectivos militantes, por lo que pueden mencionarse como “heterosexual”, “padres”/“madres”, “academias”, “autoridades”.

Recorrer el camino de las políticas sexuales producidas por y para la psiquiatría así como sus tensiones con los colectivos militantes requiere, a mi criterio, comenzar por ellos, los victorianos.

I. LA CONSTRUCCIÓN DE LA SEXOLOGÍA COMO PATOLOGÍA

ELLOS, LOS VICTORIANOS

Michel Foucault comenzaba su *Historia de la sexualidad* incluyéndose entre “Nosotros, los victorianos”. Allí interpelaba a quienes pensaban, a mediados de la década de 1970, que la sexualidad se había liberado en Occidente. Era cierto que se habían producido cambios que se profundizarían en el futuro, pero también era cierto que no parecían haber sido demasiado profundos. El victorianismo, que había disciplinado los cuerpos y consagrado la heteronormatividad sustentándola en bases aparentemente científicas, no sería desterrado con facilidad.

¿Quiénes fueron los victorianos que consagraron esa sexualidad reprimida/sobreexpuesta? El gran período de consolidación y crecimiento del capitalismo moderno en Gran Bretaña estuvo en buena parte ligado al largo reinado de la reina Victoria. Ese crecimiento económico, dentro del cual la burguesía tuvo un papel relevante, se logró de la mano de la ética protestante, que unía una visión ascética de la vida con el deber de poner toda la energía en el trabajo al servicio de acrecentar la riqueza. En ese marco, la sexualidad que no fuera con fines reproductivos no sólo sería contraria al mandato religioso, sino que debía ser considerada un desperdicio de energía útil y, por lo tanto, había que restringirla. El ideal era el autocontrol. La Reforma no proponía monasterios: “Lo propio de la Reforma estuvo en convertir a cada cristiano en monje para toda su vida” (Weber, 2007: 132).

El sistema tuvo éxito económico y enseguida fue imitado por la burguesía europea, sin importar su origen religioso. Se trataba de trabajar y de pensar la vida en términos económicos, prácticamente contables. Por eso, no llama la atención que las relaciones sexuales

se denominaran “comercio sexual”, ya que se entendían como un intercambio que generaba una ganancia: hijos/bienes. Toda actividad sexual que no cumpliera con este objetivo era considerada amoral, incluso la heterosexualidad si excedía su finalidad reproductiva. En la relación heterosexual, el varón sería consagrado como activo y la mujer, como pasiva, fisiológicamente pasiva. En este marco, la medicina y, luego, la psiquiatría darían forma a teorías que sustentaran este productivo modo de vida. Así, aquellas sexualidades y prácticas que antes habían sido consideradas pecaminosas se convertirían en patológicas gracias a la ciencia.

La burguesía tuvo la virtud de desarrollar el conocimiento que requería para su supervivencia creando instituciones educativas que generaban importantes saberes y daban profesiones a los hijos privados de herencia. La profesión era el llamado que Dios hacía a los varones que, de ese modo, se convertían en elegidos. La Academia que reunía esos saberes se organizó como una Iglesia en la que los acólitos de disciplinas nacientes como la sexología –inevitablemente atravesada, desde el pecado original, por la moral– eran traductores de preceptos religiosos a un lenguaje seudocientífico.

El conocimiento psiquiátrico, que incluyó a la sexología, también fue destinado a generar teorías que desacreditaran a los otros sectores sociales de los que la burguesía quería/necesitaba diferenciarse para cobrar poder. A los sectores populares de los que estaba tan cerca y que le habían dado origen, se los consideró depositarios de todos los defectos. Si eran pobres, era debido, y también prueba, a su falta de dedicación al trabajo; lo mismo le ocurriría a cualquier burgués que se dejara llevar por el descontrol. Cuando no fuera suficiente el temor a caer en la pobreza, la psiquiatría propondría la teoría degenerativa para demostrar cómo el alejamiento de las normas arruinaba no sólo a los individuos, sino también a su descendencia, en un proceso de caída imposible de frenar.

Si los sectores populares eran temidos/temibles, la envidiada aristocracia también debía ser denigrada. Una burguesía que se controlaba y no desperdiciaba ni derrochaba ni un minuto de su tiempo, que era equivalente al oro, debía odiar a aquellos que jamás la in-

cluirían, excepto por necesidad, y que daban muestras de derroche y ocio, los peores vicios. La aristocracia, además, no respetaba las leyes ni los mandatos religiosos, de manera que su poder era representado como una fuerza diabólica que los llevaría, irremediablemente, por el peor de los caminos. Otra vez aparecerían aquí las desviaciones sexuales y las enfermedades mentales como los peligros de los que sólo la burguesía podía salvarse –o, por lo menos, podía encerrar u ocultar–.

La burguesía produce un saber sexual que se basa en el cristianismo y considera “sana”, exclusivamente, a la heterosexualidad controlada. Para sostener este difícil autocontrol, se desarrollará otra idea: todo descontrol es doloroso o potencialmente dañino. Así, la sexualidad considerada “excesiva” será equivalente a una adicción o a la agresividad desmedida. De hecho, las prácticas y las sexualidades desviadas quedarán asociadas a las adicciones y a la criminalidad. Quien no pueda controlarse sexualmente y goce “demasiado” será temible, porque el descontrol podrá transmitirse a cualquier otra área de la vida. El psicoanálisis se inscribirá en este camino cuando describa al placer como la liberación de la tensión producto del control; el placer se producirá como liberación del esfuerzo que se hizo previamente para controlarse. Sin esfuerzo, no hay placer o hay menos placer. En realidad, esto sólo parece poder comprobarse dentro de ciertos límites. En el camino de la represión, se llegó al punto en que la religión casi no dejó días para las relaciones sexuales en un calendario lleno de prohibiciones, situación que derivó en pérdida del deseo o búsqueda de soluciones alternativas, trasgresoras. Cuando el Romanticismo llevó al paroxismo la representación de “mujer ángel” como esposa y madre, en Francia los médicos registraron un aumento de la impotencia de los varones que las acompañaban, lo que puso en riesgo la reproducción de los sectores de mejor nivel económico, algo que se quería evitar.

El sistema que deseaba un varón sexualmente activo debía encontrar dispositivos que le permitieran liberar su deseo –no con “buenas”, sino con “malas” mujeres– y también justificar sus abusos. La prostitución fue considerada sólo desde la mujer; nunca desde el

prostituyente ni desde el proxeneta, de los cuales la psiquiatría no tomó noticia. Abusos como el incesto, la violación, la pedofilia o la gerontofilia fueron considerados muy tardíamente dentro de las patologías sexuales y, cuando se lo hizo, contribuyeron más a librar de culpa al varón “enfermo” que a considerarlo un abusador.

La educación familiar, religiosa y escolar sería el dispositivo para sostener esa estructura rígida. Para poder insertarse correctamente en ese sistema, toda niña y todo niño debía ser “bien” educado. Su ropa, sus gestos, sus deseos, sus expresiones y sus palabras serían vigilados constantemente para que fueran impecables. Estaba claro cómo deberían mostrarse un varoncito y una mujercita desde el mismo comienzo de la vida: claramente diferentes. En medio de ambos sexos, y de ambos géneros, no debía haber nada; todo aquello que apareciera como ambiguo sería considerado monstruoso o perverso. La sexualidad era castigada en la adolescencia siempre que violara un par de normas muy claras: estaba prohibido todo placer sexual a solas y todo placer sexual en pareja antes del matrimonio. Dado que no era fácil conseguir esto en adolescentes sanos, había que infundirles miedos y no bajar nunca la debida vigilancia, así como también suministrar los castigos que correspondieran.

El autocontrol como mandato tuvo un efecto necesario: la invención de la masturbación como enfermedad. El joven varón que obtenía a solas placer fue convertido en un criminal en potencia que no podía ser controlado fácilmente porque no requería más que de sí mismo para derrochar energía y semen. La cruzada antimasturbatoria fue una marca fuerte en la historia de la sexualidad y, también, el comienzo de una suerte de sexología basada en la patologización.

UN RECUERDO PARA LOS DOCTORES MARTEN Y TISSOT

En el siglo XXI, es muy difícil tener una idea clara del terror que generó la masturbación entre el siglo XVIII y mediados del XX. Antes

de esa época, había sido considerada, básicamente, un pecado construido sobre una interpretación bíblica, por lo menos dudosa, del coito interrumpido de Onán quien, simplemente, se negaba a tener sexo con su cuñada y, con ese fin, derramó su semen sobre la tierra. Es obvio que esa historia no se refiere a la masturbación, sino que se ocupa sólo de la pérdida del gran producto masculino, el semen. Sin embargo, la masturbación fue llamada “onanismo” y la mencionada historia de Onán, con su peso religioso, estuvo en las fuentes de quienes crearon la campaña antimasturbatoria, dado que esta práctica, en los varones, constituía una muestra de gran desprecio por la sustancia que entronizaba al varón como eje de la sociedad.

Todo parece haber comenzado en 1712, cuando se publicó un folleto de vasto y sugestivo título: *Onania, el horrendo pecado de la autopollución y de todas sus terribles consecuencias en ambos sexos, que no sólo contiene consejos espirituales y físicos para quienes ya se han perjudicado con esta abominable práctica, a lo cual se agrega la carta de una dama al autor sobre el uso y abuso del lecho conyugal, y la respuesta del autor* (Laqueur, 2007). ¿Cómo sustraerse al encanto de semejante propuesta? Durante mucho tiempo, este pequeño texto fue adjudicado a un desconocido religioso de apellido Bekker, pero en su exhaustiva y reciente investigación (2007), Laqueur comprueba que fue escrito por el cirujano y autor de pornografía John Marten. Sin duda, el siglo XVIII permitía aunar profesiones o intereses sumamente variados. La medicina era poco más que curandería por entonces, en el siglo XVIII todavía subsistía la práctica de quemar brujas. Pero el lenguaje academicista era propio de médicos, sobre todo cuando se trataba de vender un producto.

El opúsculo era regalado por el propio autor, ya que el negocio residía en vender a sus lectores panaceas contra las enfermedades sexuales. La práctica de crear enfermedades y medicarlas, tan común en nuestros días, financiada por laboratorios farmacológicos, tiene, como se puede apreciar, una vieja historia. En esa época, la vida de los médicos no era fácil: la medicina curaba poco y enfermaba a menudo. El mote de “matasanos” no era excesivo; de manera que inventar una enfermedad y asociarse a un farmacéutico

para que produjera supuestos remedios podía ser un gran negocio. Y, en este caso, lo fue. Una de las pócimas del autor de *Onania*... curaba las poluciones nocturnas; otra, la impotencia y la infertilidad. Si bien la impotencia y la infertilidad eran males reales, la “autopolución” no lo era; se la asociaba con otro extremo temible para la religión, el “abuso del lecho conyugal”, para convertirlo en un mal. Lo común era el abuso, la pérdida del autocontrol, algo que estaba presente en el imaginario colectivo como fuente de males; entre ellos, la pobreza. El control de las pasiones era el camino a la salud, del mismo modo que antes era el camino a la salvación eterna.

Con una estrategia de mercado tan eficiente, el folleto se convirtió en un *best seller*. Tuvo 16 ediciones, que a través de los años fueron aumentando sus páginas de 60 a 194, ya que en cada una se añadían las cartas de los lectores agradecidos que habían sido “salvados”.

En *Onania*, Marten describía las consecuencias de la masturbación en términos “científicos”, pero su público era masivo, no sólo la corporación médica. Hacerlo de ese modo tenía un sentido claro: los disparates que estaba vendiendo, traducidos a una terminología y una forma pseudocientíficas, adquirirían autoridad, y quienes lo leyeran sentirían que tenían acceso a un mundo restringido, cerrado. Además, de ese modo, intentaba crear un horror de base racional en los menos creyentes y ateos. No era poco lo que anunciaba como resultado de desoír los preceptos bíblico-científicos: la masturbación podía provocar deterioro intelectual, deterioro físico, gonorrea, epilepsia, infertilidad, locura y, finalmente, cualquier mal.

El doctor Marten se preocupaba por el abuso que los jóvenes hacían de sí mismos al masturbarse. Lejos de interesarse por quienes podían abusar de las y los adolescentes (mujeres violadas en los conventos, varones vejados por sus celadores o profesores en las escuelas), el autor lo llamaba “autoabuso” (*self abuse*), sinónimo de masturbación en inglés. Con este criterio, la masturbación se emparenta con el masoquismo, aunque el punto de llegada sea el contrario: no será el dolor el que produzca placer, sino el placer el que lleve al dolor. En ese discurso higienista, lo que quedaba claro era que la

masturbación era tan placentera que cualquiera que se acercara a ella quedaría obsesionado hasta morir de inanición por no haber podido dejarla. En ese sentido, al mismo tiempo que el texto la combatía, provocaba un gran interés en probarla, lo que resultaba muy útil para luego vender más pócimas.

Otro riesgo grave de esta actividad se originaba en que se desarrollaba sin testigos, pudiendo quedar, así, el crimen impune. Los jóvenes tenían un lugar, la cama u otro sitio privado y oculto; un momento, la noche en particular, en el cual serían libres: algo peligroso. Debían saber, ellos y sus padres, que la libertad, unida al goce, mata. El joven masturbador tenía –literalmente, en sus manos– una droga gratuita que le permitía en soledad, y gracias a la imaginación, no necesitar de nadie más. El joven “autónomo” se constituía en un serio peligro.

Con el tiempo, *Onania* cayó en el olvido, pero no la necesidad de controlar a la población adolescente, de manera que sus conceptos fueron reflatados por el doctor Samuel Auguste Tissot –de formación protestante, racionalista ilustrado– en 1760 en un libro llamado *El onanismo. Disertación sobre las enfermedades producidas por la masturbación* (Tissot, 2003). En esta segunda embestida disciplinar, el autor no era ya un charlatán, sino un médico autorizado por la Academia, un higienista que había defendido la vacunación, un clínico reconocido. Escribió un libro de 240 páginas –que, nuevamente, estaban destinadas a un público general– que tuvo 35 ediciones en francés y 61 en otros idiomas hasta 1905; otro *best seller*. La obra consagró a su autor como la mayor e indiscutible autoridad europea en la materia. En ella, se exponía, no ya con criterio moral, sino con un “fundamento científico” basado tanto en Galeno como en los grandes fisiólogos y patólogos de su época, que el onanismo era el gran acto suicida, un crimen. No obstante, la ciencia y la técnica habían avanzado; era hora de explicar de manera mecánica todo funcionamiento humano. Tissot concebía a la sexualidad como una parte de la “máquina corporal”, y una suerte de teoría hidráulica inventada por él permitía comprender por qué el onanismo llevaba a la muerte y era más peligroso que el coito heterosexual

exagerado. Esta diferencia era importante. Dado que la masturbación estaba prohibida, la única salida “sana” era la heterosexualidad, pero allí también aparecía el temor al exceso. Tissot sostenía que el exceso normado no era tan grave. Con ese trasfondo, la masturbación se volvía el único descontrol a combatir.

¿En qué se basaba la diferencia? Un factor principal era que, en la masturbación, la imaginación tenía un valor central pero era vista como peligrosa por ser considerada inútil y proclive a la locura. Por supuesto que aun en la relación sexual la imaginación podía aparecer como excitante, pero la presencia de una mujer real dispararía el peligro. Si el semen llegaba a su destino “natural”, la productividad era, por lo menos, posible. Si no lo hacía, la máquina corporal era mal utilizada, algo que ninguna máquina podía resistir sin riesgo.

Tissot recurría al latín para evitar llegar con sus “terribles” descripciones de los males provocados por la masturbación a los “espíritus sensibles” (léase: las mujeres y las personas que no tenían acceso a ese idioma por la educación) y, también, para aparentar científicidad. Otro idioma, decía, haría “indecente” su libro. Se trata de un médico que le hablaba a la población de algo que todas y todos conocían, pero lo hacía de manera hermética, creando una nueva ciencia, un avance de la futura sexología. Sabía que la lectura de sus pocos casos clínicos podía resultar excitante y se resguardaba de las acusaciones que preveía en relación con haber escrito páginas que provocaban más de lo que controlaban. Su defensa es de un gran narcisismo: dice que su texto está al mismo nivel que los tratados de moral y los libros santos, y sostiene que si su libro se prohibiera, antes habría que prohibir los de los Padres de la Iglesia. Se ubica, así, en el lugar de un apóstol de la cruzada antimasturbatoria y lo hace traduciendo la moral protestante a un discurso pseudocientífico. Por supuesto, aclara que su obra sólo comparte el título con el *Onania* de Marten, tiene que despegarse de su antecesor de origen oscuro. Pero haberle dado el mismo nombre no es poco, ya que aprovecha el éxito del folleto anterior. Por otro lado, conserva la denominación de onanismo, pues todo discurso médico que se precie de tal debe hacer referencia a la Biblia. Por otro lado, tampoco es

cierto que sea lo único en común: Tissot menciona los casos de Marten y lamenta no conocer las pócimas de su antecesor.

La masturbación se consagrará como tema científico en la *Encyclopédie* (Diderot y D’Alambert, 1765). ¿De la mano de quién? De Tissot, naturalmente, con la pluma de Menuret de Chambaud. En diciembre de 1765, el artículo aparece bajo el título de “Manstupratio ou Manustupration”. La *Encyclopédie* organiza un discurso científico y prefiere otros términos al de onanismo. Allí, explica que la etimología se origina en dos términos latinos: *manus* (mano) y *stupratio* (violación, polución). De *stupratio* deriva “estupro”, de manera que formar la palabra con estos dos términos permite suponer una violación de sí misma o de sí mismo realizada por la mano, con una grave consecuencia para los varones, la polución. En ese artículo, se define a la actividad como una excreción forzada de semen determinada por tocamientos suaves (*titillations*) y frotaciones “impropias”. El artículo menciona el *Onania* de Marten como una colección bizarra de observaciones de medicina, reflexiones morales y decisiones teológicas sobre la materia. Con estas exactas palabras podría describir al mismo Tissot pero, dado que es el autor del contenido, queda exento. A su *Onania* la considera una excelente disertación que será tomada como base para el artículo. La Academia consagraba, así, a la masturbación como tema de estudio científico (y objeto de temor), basándose en charlatanería. Pero ¿qué argumentaba Tissot?

El higienista constataba la decadencia de su época, dado que los jóvenes ya no tenían la fuerza de sus abuelos, todo por efecto de la peste masturbatoria. La Academia sostenía, así, en su discurso que las prácticas sexuales eran analizadores de decadencia.

Es importante recordar que esos jóvenes se encontraban con posibilidades de estudio y, luego, de trabajo con las que nunca habían soñado sus abuelos. También es interesante mencionar que, cuando se publica el libro, Tissot tenía 41 o 42 años. De esa edad dice: “Después de los cuarenta años es muy difícil rejuvenecer”. Quizás haya que pensar que escribía desde una profunda envidia hacia los jóvenes que tenía delante. Si esperaba arruinarles esa etapa de la vida, seguramente lo haya logrado.

Aquí se hace necesario desarrollar algo más sobre la adolescencia en esa época.

SIGLOS XVII Y XVIII, ADOLESCENCIA Y ESCUELA

La adolescencia es una construcción moderna que surge, con características semejantes a las actuales, junto con la escuela secundaria en los siglos XVII y XVIII. Aparece ligada a los sectores urbanos de mayores recursos, que trataban de permitir una profesión que no estuviera ligada a la Iglesia o el Ejército a los varones que no gozaran del mayorazgo y, por lo tanto, no heredaran bienes. Así, la escuela era, en sus orígenes, la preparatoria para la universidad de aquellos jóvenes que no accedían a la educación privada en los hogares de mayores recursos. Por otro lado, también había oferta para los sectores menos adinerados: escuelas de artes y oficios que les daban herramientas para el trabajo creativo o manual.

El Ejército, la Iglesia y la familia daban un marco de control a los jóvenes. ¿Lo darían las escuelas? Lejos de sus hogares, en medio de otros jóvenes, el grupo de pertenencia y de influencia no era ya el hogar. Esa autonomía incipiente sería progresivamente temida y convertida en temible. La escuela sería vista, y con razón, como un sitio donde los jóvenes adquirirían independencia. Otorga un capital: el acceso a saberes que la familia no tiene y que permiten mantener o superar el nivel económico. Para poder acceder a ese capital, los jóvenes necesitan tiempo libre de otras responsabilidades. ¿Cuál era la principal responsabilidad de un niño o un joven? Devolver a sus padres lo que le habían dado: la vida y la crianza. Y, cuanto antes lo hicieran, mejor. La escuela propone otra situación: una moratoria de esa deuda, un período de la vida durante el cual formarse para después, sí, devolver lo recibido y con creces. Es una institución que quita poder a la familia en favor del Estado, creando una tensión que sigue existiendo en nuestros días. Dejar a los hijos en ella, al cuidado de otros adultos, donde se creaban redes entre jóvenes, debió ser, en su momento, tan temible como el acceso a Internet de

hoy en día. La nueva subjetividad adolescente podía hacer que renegaran de la falta de conocimientos de sus padres, que no se reconocieran más en sus costumbres tradicionales, que desearan alejarse de todo control paterno para no volver.

Cuando la pedagogía describía a los niños que entraban a las escuelas a los 10 años como tablas rasas en las cuales el adulto inscribía los conocimientos, la escuela todavía podía ser considerada un lugar poco inquietante. Un cambio importante se producirá en el siglo XVIII, cuando Rousseau represente al niño como alguien a quien es necesario estudiar y conocer: no como una blanda arcilla a modelar, sino como quien puede llegar a razonar, sobre todo si es varón. Ese varón será un ser humano al que la madre, desde el ámbito doméstico, deberá introducir en el contrato social y, especialmente, en el *contrato heterosexual* –según lo llamará Wittig (2010)–, tal como lo expresa Rousseau en *Emilio* (Rousseau, 1944). Se trata de un contrato en el que la madre desempeña el papel de primera y fundamental maestra.

Pero que las madres se dignen criar a sus hijos, las costumbres se reformarán en todos los pechos; se repoblará el Estado; este primer punto, este punto único lo reunirá todo (*Ibid.*: I, 26).

Aunque no le guste a Rousseau, que prefiere que Emilio establezca un lazo de amor e intercambio durante toda la vida con su maestro, muchos niños entrarán en la institución escolar e incorporarán, así, la tercera fuente de su educación basada en el trípode: naturaleza, madre/ámbito doméstico, escuela.

Desviados, dispersados los hijos en pensiones, en conventos, en colegios, pondrán en otra parte el cariño de la casa paterna o, por mejor decir, volverán a ella con el hábito de no tener apego a nada. Apenas se conocerán los hermanos y las hermanas (*Ibid.*: I, 31).

Aparece una tensión significativa entre el niño que debe ser modificado/liberado/incorporado a la sociedad por la escuela y el niño

deudor de su familia. El viaje a la escuela podrá ser un viaje sin retorno o el retorno será el de un extranjero que ya no comprenda la cultura que lo crió. A diferencia del taller artesanal, en el cual los jóvenes de sectores populares podían formarse saliendo de un régimen de Padre/patrón a otro de patrón/Padre muy semejante, la escuela es un dispositivo organizado de manera vertical, vigilado panópticamente, pero con un gran número de jóvenes en convivencia, un colectivo difícil de controlar; en particular, en lo que se refiere al tema sexual/masturbatorio:

Sería muy peligroso que enseñáseis a vuestro alumno a frenar sus sentidos y falsear las ocasiones de satisfacerlo, pues si llega a conocer ese peligroso suplemento está perdido; su corazón y su cuerpo quedarán enervados y hasta el final conservará los tristes efectos de ese hábito, el más funesto a que se puede exponer un joven. Sin duda sería preferible... Si los impulsos de un temperamento ardiente llegan a ser invencibles, mi querido Emilio, yo te compadezco, pero no vacilaré un instante, no sufriré porque el fin de la naturaleza sea eludido. Si te debe sojuzgar un tirano, prefiero entregarte a aquel de quien te puedo librar. Sea como fuere, te arrancaré más fácilmente de las manos de las mujeres que de ti mismo (Rousseau, 1944: II, 108).

Emilio podía conocer todo por experiencia directa, a excepción de la masturbación. El “peligroso suplemento” era un arma tan peligrosa que sería mejor matarlo que dejarlo librado a ella. Si lograba el placer solitario, ¿qué más podía necesitar? ¿Qué lugar quedaría para Sofía, para su “natural” deseo de agradarle? ¿Y quién citará a Rousseau para fundamentar la vigilancia constante de los jóvenes noche y día con el fin de evitar este tremendo peligro? El doctor Tissot, por supuesto.

Vigilad cuidadosamente a los jóvenes, no les dejéis solos ni de día ni de noche; al menos, dormid con ellos en su propio cuarto; pues cuando hayan contraído este hábito (el que más funesta-

mente puede dominar a un joven), sufrirán hasta la muerte sus tristes efectos y tendrán siempre enervados su cuerpo y su corazón (Tissot, 2003: 139).

Nadie desconfía aquí de los adultos que duermen con ellos; para que eso suceda, deberán pasar siglos. Lo cierto es que Tissot logra una aureola de sabiduría que hace que se recurra a él para el artículo sobre masturbación de la *Encyclopédie*. Allí, el experto construye una representación de “joven” como sujeto temible, y más temibles aún son las escuelas donde se los reúne. En ese texto, se sostiene que los jóvenes salen de ellas sabiendo poco y “con una corrupción de costumbres cuya menor consecuencia es la salud deficiente” (Diderot y D’Alambert, 1765), además de una devoción mal entendida. Al tener que compartir un lugar para dormir con otros de su edad, esos jóvenes son un peligro o, por lo menos, esa situación es peligrosa. El reinado de los Padres sobre sus hijos/vasallos está en juego. La sexualidad nada tiene que ver en esto; sin embargo, si se practica la rígida vigilancia antimasturbatoria en las instituciones escolares, se mantendrá el poder adulto sobre los jóvenes y se evitará la “corrupción de las costumbres”.

Dar acceso al conocimiento a los jóvenes debía producir, por lo menos, un efecto ambivalente. Se creaba la herramienta para empoderarlos, para otorgarles autonomía, mientras se los disciplinaba en escuelas conventuales. El problema vendría luego, cuando se vieran liberados. Para entonces, debían haber incorporado el miedo suficiente para conseguir el autocontrol necesario. Y el doctor Tissot aportó letra “científica” a ese miedo con su teoría hidráulico-seminal.

EL HUMOR VITAL

Para dar científicidad y modernidad a su discurso, Tissot apela a la mecánica y a la hidráulica y las aplica al cuerpo. Establece como eje de toda la máquina corporal un producto privilegiado del organismo humano que fluye a través de los nervios: Su Majestad, el

Semen. Lo presenta como el fluido corporal más importante, de una supremacía decisiva sobre cualquier otro. Tropieza con el problema obvio del valor de la leche materna, pero lo soluciona enseguida al decir que el semen es muy superior a la leche por ser ésta un humor “poco elaborado”, mientras que el semen es un líquido activo (Tissot, 2003: 68). Llamativamente, recomendará la leche materna como remedio, pero dirá del líquido seminal

que influye enormemente sobre las fuerzas del cuerpo y sobre la perfección de las digestiones que las reparan, hasta el punto de que los médicos han creído unánimemente durante siglos que la pérdida de una onza de este humor debilitaba más que la de cuarenta onzas de sangre (*Ibid.*: 23).

Si consideramos que una onza son 28 gramos y que 40 onzas serían aproximadamente 1,1 kilos, estaba proporcionando una temible idea del poder de la pérdida de líquido seminal. Como si esto no bastara para medir su importancia decisiva, agregaba que, al comenzar a producirlo, el varón desarrollaba barba, cambiaba la voz y los músculos crecían; todo un milagro de la naturaleza. Por supuesto, nada semejante aparecía respecto de la mujer en relación con sus menstruaciones y su capacidad para anidar un nuevo ser vivo. En efecto, el útero era visto como un órgano “frío”, algo insólito dado que albergaría hijas e hijos y, sobre todo, como el origen de todos los males femeninos, básicamente la histeria. La necesidad de descalificar el cuerpo femenino negaba aquello que la percepción hacía evidente.

Una vez dejada clara la importancia del semen, el doctor tiene que evaluar en qué condiciones tiene sentido “evacuarlo”. Y consagra el precepto bíblico: “Su destino natural determina el único medio legítimo para evacuarlo” (*Ibid.*: 24).

Estamos en los prolegómenos de la sexología, el apóstol laico está fijando los mandamientos “naturales”. ¿Qué queda fuera de lo “naturalmente” aceptable? Algunas enfermedades que producen eyaculaciones: las poluciones nocturnas y el crimen de Onán. El lí-

quido seminal es transformado en un tesoro natural que hay que cuidar y (sólo) “invertir” en lo que permita un rédito. Su único destino es la procreación, y esto excluye tanto el goce heterosexual sin ánimo de procrear como otros goces que, al no ser heterosexuales, pueden llamarse *contra natura*.

Una cantidad muy considerable de semen perdido por las vías naturales ocasiona males funestos, pero son mucho más temibles si se pierde la misma cantidad por medios *contra natura* (*Ibid.*: 24).

Y así, como al pasar, aparecerá, junto con el onanismo, la homosexualidad masculina o sodomía, término que puede incluir tanto el sexo anal como el bestialismo.

Otro mal que atraviesa la obra de Tissot es la epilepsia, enfermedad temida desde la Antigüedad y estigmatizada como “prueba” de comunicación con el Diablo. El doctor compara el orgasmo con la convulsión epiléptica, y evidencia, de ese modo, la enorme cantidad de energía que se pierde con la sexualidad y cuán temible es también su exceso. La máquina hidráulica corporal debe producir y evacuar. La pérdida inútil daña; la acumulación, también. Tissot se ocupa especialmente del derroche; estamos en la época del equilibrio autocontrolado. ¿Qué daños provoca la pérdida excesiva de líquido seminal? Tissot los copia de Marten y dice que son: el debilitamiento de todas las facultades mentales, ligera demencia, angustia, vértigo, pérdida de visión y oído, pesadillas, total pérdida de las fuerzas del cuerpo, aparición de hipocondría e histeria, tos, fiebre, dolores agudos, granos en la cara, impotencia, pérdida de líquido seminal involuntaria, disurias, imposibilidad de coito, trastornos intestinales, hemorroides... casi nada. Obviamente, la casuística de Tissot es muy pobre, presenta pocos “casos”, todos graves o fatales, todos con una supuesta etiología sexual, dado que ése es el *a priori* con el que piensa.

Hay algunas páginas dedicadas a la masturbación en las mujeres, en las cuales el autor sostiene que también a ellas la masturba-

ción las lleva a la muerte, pero antes les provoca, además de la decadencia ya señalada para los varones: histeria, ictericias incurables, fuertes dolores nasales, estomacales y de espalda, pérdida de sustancias blancas que generan los peores dolores, caída y úlceras de matriz, herpes y alargamiento de clítoris, furores uterinos. Prohibir la sexualidad de las mujeres fuera de la procreación le crea a Tissot un problema, dado que no producen semen, ¿no? Basta con inventarlo y decir que ese humor existe, pero que no es tan valioso como el de los varones.

A diferencia de Tissot, Marten le había dado a la masturbación el valor de aliviar el deseo femenino –algo original, por cierto– y lo fundamentaba en dos virtudes: evitar que buscaran otros varones además del que le hubiera tocado en suerte y aplacar su deseo sexual “imposible de contentar”. Casi nada. El deseo femenino/bruja/insaciable aparecía también en un ejemplo de Tissot:

En 1746, una muchacha de 23 años provocó a seis dragones españoles aguantando sus asaltos durante toda una noche en una casa a las puertas de Montpellier. Por la mañana, la llevaron a la ciudad ya moribunda; expiró por la noche, bañada en su propia sangre que le chorreaba desde la matriz. Hubiera sido interesante asegurarse si esa hemorragia era consecuencia de una herida o si, por el contrario, se había producido por una dilatación de los vasos, provocada por la actividad desmesurada de este órgano (Tissot, 2003: 82).

Aquí, la palabra clave es “provocó”. Con ella, una violación en grupo de Varones Guerreros (nada menos que dragones españoles) se convierte en una provocación de una joven con furor uterino; una mujer “naturalmente pasiva” pasa con facilidad a ser una activa provocadora cuando se necesita absolver varones. Así, la violación se invisibilizará durante los próximos siglos.

La mujer constituía un doble peligro: en su relación sexual con el Varón, por ser imposible de satisfacer, y en su relación sexual con otras mujeres, porque, de ese modo, se virilizaba, se convertía en una vi-

rago, un ser temible muy cercano a las brujas. Pero no era necesario actuar; el castigo sería inminente para la masturbación, el exceso sexual con varones y/o el lesbianismo:

Esas mujeres imperfectas se han adueñado de las funciones viriles. El peligro no es, sin embargo, menor que en los otros medios de mancillarse; y sus consecuencias son igualmente terribles. Todos estos caminos desviados conducen al abatimiento, a la languidez, al dolor y a la muerte (*Ibid.*: 60).

Aquí, la prueba y el cargo se intercambian. Si la mujer está abatida, lánguida, siente dolores o termina por morir sin causa conocida, siempre se le podrá atribuir la etiología universal: la masturbación, y, así, atemorizar al resto. Por su parte, la mujer lesbiana “seguramente” tendría un clítoris de mayor tamaño y, de ese modo, se comprobaría que lo era; o no se comprobaría, pero se sabría que necesariamente tenía que tenerlo. Quizá valga mencionar lo que Marten había apuntado como etimología del término “clítoris”: “Significa lascivamente tantear las partes íntimas” (Laqueur, 2007: 33).

Si bien el término griego aludía originalmente a “montaña pequeña” y, luego, a “acariciarse para producir placer”, queda claro que en Marten la denigración de la sexualidad femenina estaba presente ya desde su supuesta etimología.

Un síntoma clarísimo de la masturbación en la mujer era la pérdida del “buen color”. Encerrarse a solas, lejos del aire puro del día, producía este síntoma y, luego, inevitablemente, el raquitismo. Así, las pobres mujeres raquílicas de países de Europa con pocas horas de sol, con mala alimentación desde la infancia, también debieron cargar con este estigma. Y, no por casualidad, también remitía a las brujas que, como se sabe, toman la noche como su espacio para el aquelarre y duermen de día. Si bien la masturbación fue mucho más perseguida en los varones, ya que ponía en juego sus vidas, las de sus familias y su descendencia, las mujeres también sufrían por esta causa. En ese sentido, estuvo prohibido el uso de la bicicleta a horcajadas e, incluso, el de la máquina de coser a pedal

para las jovencitas, de manera de que se evitaran estímulos que pudieran inducir al goce solitario. La histeria y la ninfomanía, como algunas otras manifestaciones sin causa comprobable, se atribuían a la endemoniada práctica.

El prototipo de la mujer virilizada iba a ser la bruja. Y ella merece algunas reflexiones.

CUENTOS DE BRUJAS

Los románticos recrearon antiguas historias de brujas, que ocuparon el lugar de recurso pedagógico en la subjetivación infantil y consolidaron el binarismo bruja (madrastra/vieja/fea) mala/hada (madre/joven/linda) buena. Las niñas y los niños debían comprender desde pequeños cómo era el mundo a partir de estos estereotipos. Quizá no fue casual que esas representaciones aparecieran en épocas en que las madres morían jóvenes, de parto, mientras los padres se volvían a casar más de una vez. Y, por no tener hijos, por no poder tenerlos o por haberse casado mayores, las madrastas solían maltratar a los niños heredados, en tiempos en que, al decir de Philippe Ariès, no se había descubierto la infancia.

Pero antes del rescate romántico de las historias populares, ocurrió un fenómeno de persecución y exterminio que tuvo un efecto de "castigo ejemplar". En la trastienda de la historia de Occidente, Carlo Ginzburg ubica, a partir de la segunda mitad del siglo xiv, en los Alpes occidentales, el comienzo de la representación del aquelarre con sus brujas. Aclaración necesaria: se suele adjudicar a la "oscuridad" de la Edad Media la cacería de brujas que, paradójicamente, se llevaría a cabo más tarde durante la Modernidad, en el marco de una tensión religión/razón que, en ese caso, se resolvió claramente a favor de la primera. Es durante el Renacimiento cuando se crea la Inquisición, que, luego de terminar con los cátaros y buena parte de los judíos de Europa y América, se dedica a cazar brujas.

Las llamadas "brujas" eran, en su mayor parte, mujeres ancianas que conocían antiguas recetas, única medicina para los sectores

de menores recursos y aun para los que estuvieran en mejores condiciones, ya que los médicos, por entonces, curaban poco. En ese momento, se generó una tensión con desigualdad de fuerzas: mujeres viejas y pobres con cierta sabiduría antigua versus varones que están fundando la medicina, con pocos conocimientos, y quieren desterrarlas. La corporación médica se hizo aliada de los sectores más ricos y avanzó de la mano de la Iglesia, que la apoyó en contra de las curanderas para construir su espacio.

No resulta extraño que mujeres portadoras de saberes transmitidos de madre a hija de manera secreta fueran asociadas a poderes sobrenaturales. Lo que sí resulta raro es que, dentro del binarismo Dios/Diablo, se ubique a las brujas diabólicas en la posición de ser quienes curan los males enviados por Dios. Aquí se juega una tensión nunca resuelta en la que la creencia en Dios no termina de reemplazar creencias alternativas. Las representaciones que conforman a la bruja son muy antiguas, y algunas de ellas, que aluden a la mujer como demonio, aparecían en leyendas escocesas con el nombre de súcubo. Se trataba de una mujer muy atractiva cuyo propósito era "drenar" el alma del varón a través del semen, teniendo sexo con él durante el sueño. Surgían así elementos que se mantendrían a lo largo del Renacimiento: la bruja que podía convertir a un Varón en impotente o directamente castrarlo, las temidas poluciones nocturnas que producían una pérdida de semen, considerado un fluido corporal de enorme valor, tanto que daba fuerza vital al súcubo. Es interesante destacar que el término original latino, *succuba*, designaba a la prostituta, la que, a partir del siglo xv, coincidiendo con la cacería de brujas, se convierte en un objeto de consumo. La mujer temida no sólo es sexual, sino que también se le atribuye una hipersexualidad. Como contrapartida del súcubo, existía el íncubo (término que hoy en italiano significa "pesadilla"), un demonio masculino que tenía sexo con la mujer dormida. Estos demonios masculinos, con el paso del tiempo, perdieron importancia frente a lo demoníaco de las mujeres.

Dado que ambos estaban relacionados con el Otro, el Diablo, lo esperable hubiera sido que la Iglesia combatiera a brujos y brujas.

Y, aparentemente, así fue al comienzo. El papa Inocencio VIII, con la bula *Summis desiderantes affectibus* de diciembre de 1484, habilitó la investigación y el castigo de los delitos de brujería en el norte de Alemania. Esa bula instalaba el juicio a los sospechosos, quienes serían quemados directamente, sin proceso, bajo la responsabilidad de la Inquisición, en manos de los dominicos. Desde el siglo XIII, la Inquisición tenía por método la tortura y por castigo la hoguera; tenía también por objetivo hacer creer al pueblo que todos sus males eran de origen diabólico, mediado por las brujas, y no resultado de las políticas de quienes gobernaban. Así, la falta de comida, los altos impuestos, la pérdida de cosechas, las pestes, todo podía atribuirse al Maligno y a sus fieles seguidoras, y no a la miseria, producto de los impuestos y la falta de cuidado de los monarcas.

La política inquisitorial contra las brujas tuvo un gran divulgador que capitalizó un ambiente propicio: Kramer, un dominico que, junto con otro de apellido Sprenger, escribió un libro esencial para consagrar la cacería, el *Malleus Malleficarum* o *El martillo de los brujos* (Kramer y Sprenger, 2005), libro de enorme éxito y efecto aterrador sobre la población. Era el Renacimiento y no sería sencillo sortear la censura para publicar este manual de caza. Primero, Kramer se apoyó en la bula papal para hacer creer así que contaba con el apoyo del Vaticano, pero ese ardid no fue suficiente para burlar la censura de los doctores en Teología de la Universidad de Colonia, Alemania, de manera que el inquisidor decidió falsificar el *nihil obstat*, permiso del censor de la Iglesia para publicar. Bastó con comenzar a vender el libro fuera de Colonia para que nadie se enterara de lo hecho. No sería la última mentira, ya que el libro reunía falsos testimonios, interrogatorios destinados a confundir y confesiones hechas bajo tortura que permitían crear brujas. Numerosos teólogos, filósofos, escritores y artistas se manifestaron en contra de la bula papal y de la creencia en las brujas, pero había muchos intereses de por medio y una presa fácil, las mujeres. La creencia en el Diablo, por su parte, mantenía fuerza en la época.

Si bien *El martillo* apuntaba, desde el título, a los brujos, de inmediato se focalizaría exclusivamente en las brujas. ¿Por qué? Sos-

tenían los inquisidores que las mujeres se diferenciaban de los varones por su propensión al libertinaje y al desenfreno sexual, una deuda del pensamiento feudal fundamentada en el pecado de Eva. El padre Juan Crisóstomo, en el siglo IV d. C., había decretado la sumisión de toda la "raza femenina" a los varones como castigo permanente. Un modo de superar el castigo sería la virginidad; otro, el tener hijos. Las dos posibilidades para la mujer: ser asexuada o madre, más o menos asexuada. Dado que el Diablo era masculino, sólo la mujer podía tener sexo con él, lo que la hacía temible. Además, decían los dominicos escritores del *Malleus*, el mismo nombre de la mujer, *femina*, podía hacerse heredero de una etimología que mostraba su menor fe (*fides*, "fe", y *minus*, "menor"); un pensamiento redondo que permitía no enemistarse ni con jueces e inquisidores, ni con papas, ni con reyes, y perseguir la sexualidad femenina. La Iglesia había comenzado a normatizar la sexualidad en el siglo IV y había conseguido, así, una primera intromisión en la vida privada.

Los dominicos rescatarían a súcubos e íncubos para su cosecha. Consideraban que los súcubos eran mucho más peligrosos, porque permitían engendrar otras brujas. Para hacerlo, necesitaban conseguir el semen de un varón (el elixir de la vida que retomaría Tissot), pero no de cualquier manera,

porque los demonios prestan especial atención a la potencia creadora del semen y esa virtud es más abundante y está mejor conservada en el semen obtenido en el coito que en el que se derrrocha en las poluciones nocturnas, que se origina en lo superfluo del hombre y no se emite con la finalidad de engendrar (*Ibid.*: 246).

Que quede claro: a los dominicos, la masturbación les resultaba un desperdicio, pero no se molestarían por esa práctica si la efectuaba un varón. En cambio, el erotismo femenino les preocupaba mucho:

Con frecuencia las brujas han sido vistas acostadas sobre sus espaldas en los campos, desnudas hasta el ombligo; y parecía evidente

que, por la disposición de los miembros y además por el movimiento de sus piernas y muslos, que corresponden al acto y orgasmo venéreos; aunque invisible para los presentes, habían estado fornicando con los incubos (Kramer y Sprenger, 2005: 248).

Y lo peor era el éxtasis. En parte, porque toda experiencia mística o similar que no requiriera mediador para el contacto con la divinidad debía ser perseguida; a su vez, porque se lo consideraba un viaje al mundo de los muertos. Pero también por ser entendido el orgasmo una manifestación extática diabólica en la mujer. Para el inquisidor francés De Lancre: “El éxtasis era el elemento que unificaba los diversos cultos idólatras inspirados por el Diablo, el primero de los cuales era el aquelarre” (Ginzburg, 2003: 298). Por suerte, los cánticos creados para transmitir el éxtasis de Hildegarda von Bingen (siglo XII) fueron muy anteriores a la cacería de brujas, y ella, religiosa, médica, teóloga, música y sibila, a quien recurrían las mayores autoridades de su época, no fue quemada en la hoguera, pero sí olvidada hasta el siglo XX, cuando se la santificó por las mismas características que la hubieran condenado unos siglos antes. Por otra parte, en España, donde la cacería de brujas no tuvo fuerza, Teresa de Ávila fue perseguida por su independencia, pero pudo vivir sus éxtasis sin ser condenada por ellos.

El martillo de los brujos y la Inquisición crearon brujas. El castigo –quemarlas en la hoguera– pasó a ser la prueba de su existencia ante el pueblo que veía el espectáculo con horror y alivio. Una vez puesto en marcha el proceso, no fue fácil discutir su existencia con argumentos. Por otra parte, dentro del colectivo “brujas”, podían incluirse diversas mujeres: ricas viudas cuyos bienes, una vez condenadas, quedarían para la Iglesia; viejas curadoras pobres que iban de pueblo en pueblo, peligrosas nómades; mujeres jóvenes violadas dentro del convento que debían ser acalladas; mujeres infieles que, con esa acción, despreciaban al varón que tenían al lado; prostitutas necesarias, pero que “debían” ser perseguidas. Buena parte de los sectores de poder se veían beneficiados con la quema y con la marca cultural que ésta dejaba.

¿Cómo se manifiesta el poder de las brujas? Según los dominicos, atacando mediante siete métodos: 1) arrastrando a los varones a una pasión sin freno; 2) obstruyendo el poder de gestación; 3) eliminando los miembros (viriles) destinados a ese acto; 4) convirtiendo a los varones en bestias por mediación de sus artes; 5) mirando la fuerza de gestación de las mujeres; 6) ocasionando el aborto; 7) ofreciendo los niños a los demonios, aparte de otros animales y frutos de la tierra de los que se sirven para causar infinitas maldades (Kramer y Sprenger, 2005: 124).

Los varones son sus víctimas, la virilidad misma está en juego. Pero no sólo eso, quedarán residuos de su poder en el imaginario colectivo occidental, que considerará obra del Diablo la anticoncepción y el aborto. Además, las brujas serán acusadas de los grandes objetivos de la inquisición sexual de la época y de sus herederos: la masturbación, la homosexualidad y el desenfreno. Dice el *Malleus*

que estas mujeres sacian sus sucias hambres, no sólo en sí mismas, sino incluso en los poderosos, sean de cualquier género y condición y que mediante toda clase de hechizos provocan la muerte de su alma debido al ansia excesiva del amor carnal, de manera que ni la vergüenza ni la persuasión pueden disuadirlas (*Ibid.*: 125).

El *Malleus* incluye entre las prácticas sexuales pecaminosas el relacionarse sexualmente con personas de diferente condición social. Consagra así el origen divino del orden social y prueba, indirectamente, que en los aquelarres se reunían personas pobres y ricas, nobles, curas, monjas y monjes, jóvenes, viejos y viejas, niñas y niños. Se trataba de una reunión que atravesaba los estratos de una sociedad de enorme rigidez, una manifestación de la resistencia a esas estructuras, algo sumamente peligroso. La transversalidad del aquelarre quedará como una metáfora para la sexualidad que deba buscar espacios ocultos y dejar de lado las formalidades o las conveniencias sociales, como ocurrió, y todavía ocurre, en diferentes sitios del planeta, con la homosexualidad.

El amor permitido debía ser controlado, la pasión amorosa resultaba un claro producto de la brujería. Bastaba con enamorarse para sentirse poseída o poseído de filocapción, en términos de los dominicos; es decir, presa o preso de un amor desmesurado que captaba a la persona, el “embrujo” que retornaría con el romanticismo y que subsiste hasta el día de hoy en las letras de los boleros.

A pesar de las torturas y los crímenes de la Inquisición, la Iglesia no detuvo la brujería con las hogueras, sino que la frenó con otra política:

Se dividió hábilmente el reino de Satán. Contra su hija, su esposa, la Bruja, se armó a su hijo, el Médico (Michelet, 2006: 40).

Será, entonces, la medicina la que termine con las brujas como curadoras, al ocupar su lugar, por lo menos, ante los ricos y poderosos. Las brujas se ligarán al Diablo porque son mujeres y, como tales, insaciables –al menos, por los simples varones–: “Todo el arte de la brujería proviene del deseo carnal, que en la mujer es insaciable” (Kramer y Sprenger, 2005: 123).

En el siglo XVI, una supuesta bruja llevada a juicio, Françoise Secretain, declaraba que para ir al aquelarre se ponía una varilla blanca entre las piernas, pronunciaba ciertas palabras y, así, era transportada por los aires... ¿Metáfora de la masturbación? ¿Era el aquelarre un encuentro lésbico? De hecho, los varones eran admitidos sólo si iban acompañados por mujeres; la misa negra infligía a los varones las mismas limitaciones que la misa blanca a las mujeres. Sea como fuere, el aquelarre era un sitio donde la mujer oficiaba el ritual, se unía al macho cabrío diabólico, se relacionaba con otras mujeres y creaba fuerza de esa unión para el despliegue de los saberes mágico/curativos. Todo esto estaba rodeado de una escenografía pobre, pero eficaz: una fogata en medio de la oscuridad del bosque, que podía ser más llamativa que la enorme catedral con hermosas vidrieras.

La bruja que transitaba los bordes de las ciudades y de la realidad no fue la única representación temible de mujer que creó la cul-

tura occidental. Hubo otra: la maga. Ambas, bruja y maga, podrían castrar al Varón, pero una actuaría por encantamientos y la otra, a través de sus encantos; un deslizamiento de significantes de gran potencia. Un personaje de maga muy especial fue creado por Torcuato Tasso en su *Jerusalem liberada* y retomado luego en diferentes óperas.

ARMIDA, LA MAGA GUERRERA

Cuando sus amigos caballeros van a buscar a Renaud, el guerrero que ha “caído” en manos de la maga Armida, éste se siente avergonzado por haber cedido a los placeres del sexo y por haber dejado las armas para aparecer adornado con guirnaldas de flores. ¿Por qué ha ocurrido esto? Porque Armida lo enamoró, es decir, lo hizo caer en su poder y perder el suyo. Un Varón desarmado y adornado con flores será, claramente, un varón castrado. La situación es, en realidad, confusa. ¿Renaud cede a su deseo heterosexual y, llevado por su pasión, deja aquello que lo “hace” Varón, es decir, pelear en compañía de varones contra otros varones? Lo que debería haber ocurrido es que Renaud no cayera en las redes de mujer alguna, enamorándose o apasionándose con ella, sino que simplemente satisficiera su sexualidad sin otro compromiso, de manera de no renunciar por ninguna razón a su destino, la gloria militar, y a la lealtad principal, la camaradería masculina.

¿Cómo es esta maga que describe Tasso a mediados del siglo XVI? Una mujer hermosa con un *corazón viril escondido*. Es decir que no es una simple mujer, sino un varón dentro de un cuerpo femenino, bello. Es un ser ambiguo en relación con lo que las representaciones de la época establecían para la mujer y el varón. Ese aspecto viril aparecerá claramente en su capacidad de castrar fuertes y valientes guerreros que van a las cruzadas. En una época en la que la quema de brujas es una realidad, del mismo modo que lo es la lucha contra los “infieltes”, este poema crea una representación temible de mujer varonil o varón en cuerpo femenino. Lo que no responde a la

representación deseada, lo que escapa al estereotipo, es amenazante y debe ser identificado como aterrador.

Más adelante, el personaje de Armida sufrirá cambios. En el siglo XVII, se elimina la figura de la bruja del Código Penal en toda Europa, pero el mito sigue vigente y la maga reaparece en el libreto de Philippe Quinault para la ópera *Armida* de Jean-Baptiste Lully, aunque con una diferencia interesante: se trata ahora de una mujer guerrera, armada, igual que el Varón Guerrero. ¿Es extraño que esto haya ocurrido en Francia? Quizá no, si se piensa que fue el único país de Europa que tuvo una verdadera guerrera que defendió a la monarquía, se enfrentó a la Iglesia al comunicarse con Dios sin intermediarios y salvó a Francia de los ingleses. No obstante, fue quemada en la hoguera por bruja, luego de que la Inquisición le preguntara si sabía algo acerca de las que “andaban por el aire con las hadas” (Ginzburg, 2003: 208). La Iglesia demoró casi quinientos años en santificar a Juana de Orleans. Ocurrió en 1920, pero la historia de la doncella, virgen guerrera, había alcanzado mucho antes un lugar en el imaginario colectivo, lo que habilitaba la posibilidad de que una mujer pudiera armarse. Así, la Armida de Lully se enfrentará a Renaud por las armas, mostrándose como una verdadera “virago”. Ese término, para los latinos, significaba “heroína”, pero los tiempos cambian y el *Diccionario de la lengua española*, de la Real Academia Española, en nuestros días lo define como “mujer varonil”.

Me parece interesante profundizar el tema de los guerreros y su temor al amor, por su importancia en relación con la sexualidad. El Varón será sexuado, quizás hipersexuado, en su aspecto y en su búsqueda insaciable de conquistas femeninas, activo en la cama y en la vida, como también pedirá Freud. Pero no será capaz de ternura, porque esto lo feminizaría. Tendrá que evitar enamorarse, dado que eso sería someterse. La misma Armida, maga guerrera, sabe que no puede enamorarse sin perder su libertad. Para el Varón Guerrero, es peor, porque no sólo pierde libertad, sino que también pone en riesgo grave su lealtad principal: la gloria de su soberano, que también será la suya.

Así, la sexualidad y el amor deberán separarse en el Varón, mientras que la sexualidad de la mujer deberá someterse al amor. Si no lo hace, será considerada virago. Para el Varón, los encantamientos más dulces son los más temibles; eso le dicen sus amigos a Renaud. Es decir que el Varón Guerrero no debe temer al otro bruto armado que tenga delante en la batalla, sino a la mujer que lo atraiga con dulzura y lo enternezca. Debe poner la gloria como objetivo por encima del amor –por lo menos, del amor de mujer– y elegir la lucha entre varones y con varones. Si así no lo hiciera, que su Señor o la Patria se lo demande (la Patria entendida como aquello que fundaron los Padres).

Quizás, Armida fuera un varón capaz de seducir a Renaud en una época en la que ese amor sólo podía ser considerado producto de un maleficio. Quizá, fuera una mujer valiente capaz de seducir a un guerrero y, por lo tanto, aterrador. Si Renaud cae en esos lazos (algo posible sólo por encantamientos), se expone a ser visto como afeminado, algo que las fuerzas armadas (hasta nuestros días) temen como al Diablo. Durante siglos, las mujeres tendrán que esconder su valentía y los varones, los afectos.

Pero volvamos a la mujer. Una vez definidas y cazadas las brujas, ¿quiénes quedaban? El binarismo de la realidad cotidiana no era bruja/hada, sino bruja o maga/perfecta casada. Y entre quienes se ocuparon de las perfectas casadas, libres de toda sospecha, hubo un fraile agustino que instaló un modelo de mujer “buena”.

EL CAMINO DE LA PERFECCIÓN

Fray Luis de León escribe para doña María Varela Osorio *La perfecta casada* (De León, s.d.), libro que trata, a fines del siglo XVI, de las leyes y condiciones del estado de matrimonio y de la obligación que tiene la mujer de cumplirlas. La mujer en cuestión era una doña cuyo futuro marido poseía tierras, estaba por casarse, y a quien el fraile le sintetizaba qué debía hacer en su nueva condición. El libro, que recogía ideas que ya había escrito Vives, tuvo más éxito que su

antecesor, quizá por su ascético autor, quizá por su forma literaria. Superó su finalidad de dar consejo a una conocida, fue muy leído y generó una representación de mujer sometida a Dios y a su marido, la mujer pura, opuesta a la bruja, aquella con la que el Varón podía y debía casarse, aunque careciera de encantos/encantamientos, porque era segura y una buena inversión para el trabajo.

El autor era un agustino que disertaba sobre el matrimonio, que nunca había experimentado, pero también era un erudito que creía que todo el saber necesario estaba en la Biblia que él mismo traducía porque no aceptaba la Vulgata. Dedicar un libro a las mujeres suponía que podían leer, algo poco común en la época, pero que quizá Fray Luis esperaba que pudieran hacer con más frecuencia.

La perfecta casada se contrapone a otra representación fuerte que ocupó lugar en Europa desde el siglo xv: la prostituta. Bruja/maga/prostituta es una serie; la mujer casada es la que se le contrapone. Ambas son bienes: la casada, por su dote y sus virtudes; la prostituta, como capital de un negocio que moverá grandes riquezas. Fray Luis se esmerará en diferenciarlas.

¿A quién le habla? A una mujer consentida que cree que, al salir de la casa de su padre, conseguirá una vida de “libertad y regalo” –algo que seguramente muchas mujeres deseaban y sólo unas pocas conseguían–, a una mujer que domina al marido en el espacio privado o que, por lo menos, tiene fuerte influencia sobre él. Esa mujer, potencial bruja si se aleja del buen camino, se despierta tarde, no se ocupa demasiado de cuidar los bienes ni de mandar a los criados, le gusta vestirse y, lo que es peor, pintarse el cabello y la cara como... una prostituta. Para el fraile, una mujer así está claramente dominada por el Diablo, debe ser controlada. Su sexualidad –excesiva, descontrolada– deberá limitarse a cumplir con sus obligaciones maritales: ser un animal de trabajo y un útero reproductivo. Es posible que Fray Luis exagerara la representación de mujer burguesa o campesina acomodada como dada al ocio, fuente de todos los vicios, pero también es posible que las pocas burguesas y aquellas que tenían criados en el campo estuvieran disfrutando de algunas condiciones de vida más cómodas, lo que las acercaba a las señoras

nobles y las exponía a caer, como ellas, en el pecado. Fray Luis consideraba que la mujer no tenía derecho a disfrutar mientras se ocupaba del trabajo doméstico y de los hijos, ya que el único “trabajo” era el del varón y ella debía someterse a él.

El punto de partida del fraile, naturalmente, estaba en el Génesis: “No es bueno que el hombre esté solo” (2:18). ¿Habrá que pensar que la creación de Eva y su pecado ocultaban el hecho de que Adán a solas en el Paraíso se habría entretenido buscando alguna forma de placer consigo mismo? La frase autorizaba a la mujer, le creaba un lugar; secundario, pero un lugar imprescindible para permitir la sexualidad “normal” del Varón. El papel de compañía que alejara al Varón de los vicios (léase: prostitución, masturbación, homosexualidad) era tan importante que ni siquiera la devoción religiosa debía interponerse en la “obligación” sexual de la mujer hacia su marido. La castidad, decía Fray Luis, era para las monjas, no para la casada, porque si ésta se volvía demasiado devota, “convertía” a su marido en “demonio”. Entonces: la mujer, aliada del demonio –como se evidenciaba en su sexualidad insaciable–, debía canalizar su impulso hacia el marido, para evitar que él cayera en manos del Maligno. Fuera como fuere, la culpa era solamente de la mujer. La que no proporcionaba placer a su marido era pura maldad capaz de producir *cortamiento de piernas y decaimiento de manos*, la bruja castradora que habían construido los dominicos y que alimentaba hogueras por entonces.

Cada capítulo de *La perfecta casada* se basa en un proverbio o un versículo, y el primero dice: “Mujer de valor ¿quién la hallará? Raro y extremado es su precio” (Proverbios, 31:10). ¿Cuál será la mujer de valor? “Lo que aquí decimos mujer de valor y pudiéramos decir mujer varonil” (De León, s.d.: 26). Qué extraño, ¿no? ¿La virago aquí es un modelo? Una forma de comprender esto es pensar que si es el Varón quien tiene todas las virtudes, la mujer perfecta tendrá las mismas, siempre que no olvide su lugar secundario:

Virtud de ánimo y fortaleza de corazón, industria y riquezas y poder y aventajamiento; y, finalmente, un ser perfecto y cabal en aquellas cosas en que esta palabra se aplica (*Ibid.*: 27).

Otro modo de entenderlo es pensar que no hay una representación única de varón: hay un Varón Guerrero –sin duda el modelo hegemónico, porque es quien tiene el poder terrenal– y un santo varón, que es muy importante porque tendrá influencia en la otra vida y ayudará a conseguir un mejor lugar a quienes se beneficien con el poder de sus oraciones. Éste no será un Varón, sino un varón que no quiera tomar las armas o que no tolere bien la competencia en la selva del mundo. Es, en *La perfecta casada*, nada menos que su autor, un varón que huye del mundanal ruido para estudiar la Palabra y orar. Ese varón tendrá las virtudes que Fray Luis pide a las mujeres: será asexual (y si no lo es, lo ocultará), sabrá callar, no propagará rumores, será laborioso, estará ocupado todo el tiempo (ya que una regla le dice qué hacer en cada momento); será tranquilo, vivirá en el espacio privado, rezará constantemente, cuidará lo poco que tiene y no querrá nada más. De ninguna manera se trata de que la mujer virtuosa imite al Guerrero; si fuera así (o mejor, así como va a ser con el paso del tiempo), pretendería tener autonomía, poder, ser activa en el espacio público y en la sexualidad, y todo esto, es sabido, sólo corresponde a brujas y prostitutas. Que la mujer deba imitar al monje, o que el monje tome modelo de la mujer considerada virtuosa, da que pensar. El varón, no contento con ser Guerrero, también querrá representar a la mujer ideal.

Con un guerrero por marido y un monje por modelo, a la mujer casada se le exigirá un gran cambio para ser perfecta, porque la mujer es:

De natural flaca y deleznable más que ningún otro animal, y de su costumbre e ingenio una cosa quebradiza y melindrosa (De León, s.d.: 27).

La mujer trabajadora y buena (sometida) será un bien que su marido deberá cuidar por encima de todo. Es decir que la mujer comprará su protección, su cuidado y su estima trabajosamente, para superar, con esfuerzo, lo que la naturaleza/Dios le ha dado en menos. Así, conseguiremos pasar de ser un ser despreciable a la joya que se cuida porque produce bienes, hijos y placer.

La mayoría de los capítulos de *La perfecta casada*, en los comienzos del capitalismo moderno, también explican por qué se puede llamar a la relación amorosa “comercio sexual”. Uno de ellos trata de cómo la mujer buena cuida la hacienda y no es gastadora:

Por donde dice bien un poeta que los fundamentos de la casa son la mujer y el buey; el buey para que are y la mujer para que la guarde (*Ibid.*: 36).

La mujer contrae una deuda con su marido, que trabaja fuera, y debe agradecerle y servirle para pagarla, dado que le ocasiona gastos. En ese marco de obrera sin sueldo y de entre casa, el varón no tiene derecho a maltratarla ni a esclavizarla, sino a considerarla una compañera; incluso más que compañera, casi como *una parte de su cuerpo* que debe ser cuidada. Ningún varón razonable se cortaría un brazo sano, lo cuidaría como herramienta de trabajo. El equilibrio se logra en la medida en que ella sirva y contente al marido, y él lo merezca.

Aconsejar sobre la posibilidad que tiene la mujer de acrecentar la riqueza del hogar merece muy pocas páginas porque el fraile sabe que es muy difícil que pueda hacerlo. Lo que sí es posible es que madrugue, que se ocupe de la familia y los criados; que evite el ocio y todo lo malo que surge de él. ¿Qué produce el ocio? Si los varones que llevan una vida regalada se afeminan, ¿qué se puede esperar de una mujer? Dice el fraile:

No digo la muchedumbre de vicios que de esto mismo en ellas nacen ni oso meter la mano en este cieno. Porque no hay agua encharcada y corrompida que críe tantas y tan malas sabandijas que nacen vicios asquerosos y feos en los pechos de estas damas delicadas, de que vamos hablando (*Ibid.*: 79).

En los *Proverbios* está claramente expresado: si la mujer no se ocupa todo el tiempo, se excita, sale a la calle y busca al primer varón que encuentra para gozar la embriaguez del amor. Llamativamente, es

en el ocio y en la infidelidad donde aparece el erotismo, no en el matrimonio. Pero no todas las ociosas salen a la calle, algunas buscan rincones escondidos que son testigos de sus proezas. ¿Con otros varones? ¿Solas? ¿Entre mujeres? No se sabe. Pero no sólo esto: también el ocio las hará chismosas, charlatanas, pleiteras.

El discurso del agustino desborda en el capítulo que trata de los cosméticos. Les dedica muchas más páginas que al resto y deja en claro que el cuerpo lo ha hecho Dios y, entonces, no puede ser cambiado ni enmascarado con afeites. Nuevamente, el modelo es el Varón, que no los usa, excepto cuando se ha afeminado. Porque ¿qué significa pintarse la cara? “Traer pintado en el rostro vuestro deseo feo” (De León, s.d.: 105). Feo ¿es aquí sinónimo de sexual?

Colorear el cabello blanco, que es el color de Dios, sólo puede ser obra del Diablo. Por eso, queda claro que la mujer casada utiliza cosméticos (afeites):

Por su amor propio desordenadísimo, apetito insaciable de vana excelencia, codicia, fea, deshonestidad arraigada en el corazón, adulterio, ramería, delito que jamás cesa (*Ibid.*: 105).

La ramería, delito que jamás cesa, y que tiene origen en lo insaciable de la mujer que no tiene varón que la controle; insaciabilidad que permite que algunas mujeres sean explotadas para saciar a aquellos varones que no tienen mujer o cuya mujer no “cumple” con sus funciones. Es una sociedad en la cual el Varón se convertirá en tal una vez que inicie su vida sexual con una prostituta. Así, “cuidará” a la perfecta casadera y dejará en claro su adscripción a un sistema que ubica a la mujer como un bien a adquirir o un bien de consumo.

Volvamos al fraile. La “buena” mujer tendrá que tener todas las virtudes masculinas, menos la agresividad, ya que su principal deber será agradar al Varón: “No hay cosa más monstruosa y que más disuene de lo que es que una mujer áspera y brava” (*Ibid.*: 142). La agresividad, claramente, no debe ser una característica femenina o, por lo menos, propia de una buena mujer burguesa; la mujer de pueblo será otra cosa.

Por último, como si fuera poco: “La mujer casada debe hacer bueno al marido infiel” (*Ibid.*: 142), porque si él busca otras mujeres, será sólo porque ella no cumple adecuadamente sus “obligaciones”. La perfecta casada y la bruja tendrán las mismas responsabilidades, hacerse cargo de todo lo malo que aporte el Varón.

En fin, que toda la responsabilidad del matrimonio y de la casa será de la casada, ya que el marido hace bastante al traer el sustento. De esta manera, Fray Luis de León construye una representación de mujer imposible de lograr, pero de fuerte impacto en el imaginario colectivo católico. Todas sus pautas vuelven a la mujer tan útil como asexual, un animal de trabajo, y permiten identificar a la buena mujer y diferenciarla de la bruja. Cuando la casada se vuelve imperfecta, cae sobre ella la representación dominica de la bruja. Esta construcción no tiene sólo la fuerza de la erudición de Fray Luis de León, sino que se sustenta también sobre el clarísimo mensaje de la hoguera, aunque ésta ardiera poco en España, y de la prostitución como camino fuera del matrimonio y del convento. La representación casi asexual de esposa será también coherente con la monogamia y la fidelidad, que, sin duda, serán cuestiones de género, de género femenino solamente.

LA INVENCION DE MOREL

Separar buenos de malos era preocupación de la religión; separar enfermos de sanos, preocupación de la medicina; ambas construyeron poder sobre esos binarismos.

Mientras que el psiquiatra francés Philippe Pinel consideraba que las personas más difíciles de tratar eran los malvados, los ricos y los poderosos, la psiquiatría posterior se centraría en quienes no tenían mucho poder ni dinero y representaban un “peligro” para la burguesía en crecimiento, aquellos que había que encerrar para cuidar a la familia burguesa; entre ellos, los varones de sectores populares, que llegarían a ser considerados, por razones genéticas, delincuentes natos, y no calificarían para Varones, excepto cuando